

CAPÍTULO XIX

La formación del canon del Nuevo Testamento

J. M. BLÁZQUEZ

La Iglesia, siguiendo el ejemplo del judaísmo, señaló los libros del Nuevo Testamento que consideraba revelados. Marción elaboró el primer canon de escritos neotestamentarios, compuesto por las Cartas de Pablo, que consideraba auténticas, descartando las pastorales y algunos fragmentos del Evangelio de Lucas que consideraba interpolaciones. La Iglesia aceptó este canon añadiendo algunos otros escritos. Se siguió el criterio de la autoría apostólica. Este canon de Marción y la dura lucha anti-gnóstica obligaron a la Iglesia a establecer la lista de los libros que consideraba revelados.

El Fragmento Muratoniano comprende la más antigua lista de escritos del Nuevo Testamento aceptados como inspirados. Enumera los diferentes libros y argumenta su origen apostólico, aportando datos sobre la paternidad y canonicidad. Estos escritos son: los cuatro evangelios, los Hechos de los Apóstoles, trece cartas de Pablo, las de Juan, de Judas, y dos Apocalipsis, el de Juan y el de Pedro. Se consideraron heréticas las epístolas a los de Laodicea y a los alejandrinos, favorable a la idea de Marción. No hay mención a las cartas de Santiago, ni de Pedro, ni la Carta a los Hebreos. No se acepta el Pastor de Hermas como inspirado, pero se recomendó su doctrina en privado. Este documento se data en los últimos años del siglo II, y debió ser redactado en Roma. Se le ha atribuido a Hipólito.

El canon del Nuevo Testamento de Ireneo comprende los cuatro evangelios, las cartas de Pablo, los Hechos de los Apóstoles, las cartas y el Apocalipsis de Juan, la primera carta de Pedro, y el Pastor de Hermas, pero no la Carta a los Hebreos.

El Evangelio de Verdad, obra que probablemente usaban los valentinianos, fechado a mediados del siglo II, conoce ya todos los escritos canónicos del Nuevo Testamento, incluida la Carta a los Hebreos.

CRISTOLOGÍA

Desde el primer momento la Iglesia se interrogó por la persona de Jesús y por sus relaciones con el Padre, es decir, cómo se concilia lo humano y lo divino. Muchos intelectuales cristianos, como Tertuliano, Hipólito, Novaciano, Clemente de Alejan-

dría, Orígenes, u otros, hombres muy cultos, a lo largo de tres o cuatro siglos estuvieron unos y otros utilizando la filosofía griega como herramienta para entender y explicar las cuestiones vitales, fundamentales, de la nueva religión, pues el dogma no nace sino que se hace. Antes del concilio de Calcedonia, celebrado en el año 451, no se puede hablar de dogma en cristología.

Una de las teorías más antiguas fue el adopcionismo. Algunos grupos radicales judeocristianos, por ejemplo, los ebionitas, consideraron a Cristo sólo como un gran profeta. Para otros Cristo era un ser divino de rango inferior. Los gnósticos valentinianos repartieron las funciones de Cristo en cinco eones (seres divinos): *nous*, *Logos*, Hombre, Cristo, Salvador. Los gnósticos basilidianos y valentinianos hablaban de un Cristo preexistente, emanado del padre, inferior a él, artífice del desarrollo del mundo divino y humano. Los gnósticos no admitían que Cristo tuviera un cuerpo real; para algunos su cuerpo era una mera apariencia. Los apologistas, Justino, Taciano, Teófilo y Atenágoras, partiendo de ciertas ideas del platonismo medio, colocaban una deidad menor como intermediaria entre el Dios trascendente y el mundo.

Consideraban al *Logos* divino desde la eternidad inmanente, impersonal a Dios, engendrado antes del tiempo por él para gobernar el mundo y proveer a la creación. Es Hijo de Dios, Dios mismo, aunque inferior al Padre y distinto de él. Las teofanías del *Logos* se detectan ya en el Antiguo Testamento y culminan con la encarnación.

Ireneo, Tertuliano y Orígenes, defendían que el *Logos* tenía un espíritu y un alma humana en un cuerpo real. Tertuliano, Clemente, Hipólito y Orígenes, desarrollan la cristología del *Logos* en lucha contra los monarquianos, que acusaban a los contrarios de introducir un dicitismo, partiendo de la filosofía griega. Los monarquianos, para defender el monoteísmo, tenían a Cristo por mero hombre; eran adopcionistas, pues consideraban que Cristo era Hijo de Dios después de la resurrección. Ésta era un modo de manifestación y de obra del Padre, que padeció en la cruz bajo la apariencia de Hijo (sabelianos y patripasianos). Tertuliano, Hipólito y Novaciano profundizaron en la cristología del *Logos*, y creyeron que no se comprometía la unidad divina con la distinción entre Padre e Hijo. Orígenes acentuó la diferencia entre el *Logos* y el Padre mediante el término «hipóstasis». Tertuliano habla de dos sustancias unidas en la persona de Cristo. Dionisio de Alejandría resaltó la inferioridad del *Logos* respecto al Padre. Pablo de Samosata era adopcionista.

La cristología del *Logos / sarx* (carne), según la cual el *Logos* se encarnó en un cuerpo privado de alma, pues tomó sus funciones, fue defendida en tierras de Palestina, Egipto y varias regiones de Asia Menor. En Siria se desarrolló una cristología que daba gran importancia a la humanidad de Cristo.

Arrio (c. 320) acentuó la subordinación del *Logos*, inferior al Padre, creado por él. Eustacio afirmaba la presencia del alma humana en Cristo. Atanasio no admitía algunas de las propiedades del alma humana de Cristo, y atribuía todas las características humanas de Cristo sólo al cuerpo. Apolinar de Laodicea, a finales del siglo IV, distinguió al *Logos* del hombre Jesús, y desarrolló la cristología del *Logos / sarx*. Las teorías de Apolinar fueron condenadas en el primer concilio de Constantinopla.